# ÍNDICE

Agradecimientos **11**

Prólogo, *Bibiana Aído* **13**

Preliminares. «Palabras liminares», *Iris M. Zavala* **15**

Introducción, *Margarita Benítez* **19**

Prefacio de la autora. La pulsión rebelde **29**

I. El poder y los poderes **37**
Los poderes y la guerra **44**
Los poderes elusivos o la elusividad del poder **49**
La polisemia de la rebeldía **51**
La emoción cómplice **55**
Los túneles de los poderes **58**
La hiperrealidad del Mediterráneo **61**
Palabra, política, acción **70**
Bibliografía 77

II. La historia y la memoria **79**
La memoria **81**
Reparar la memoria **88**
La materia singular **91**
«Es la memoria de oy, mañana olvido» **94**
Una pequeña concesión **95**

La historia **101**
La máscara de la intertextualidad **112**
La gran paradoja **113**
El apego a la autoría y la praxis **115**
La experiencia elusiva del pasado **118**
Recuperar la sutileza de lo vivido **121**
Bibliografía **122**

III. El lenguaje y la literatura **125**
La tentación historicista: la literatura del siglo XVII **130**
Lectura y oralidad **137**
Subjetividades del deseo **141**
Leer sin leer leyendo **149**
¿Quién imita a quién? **151**
Hipermaterialidad **156**
El mito de Eros **160**
El petrarquismo o la negación del poeta **164**
Feminismo virtual. La poesía lírica **168**
Cartografías: los ejemplos **172**
Bibliografía **183**

IV. La esperanza y lo universal **187**
Lo universal **187**
«Postfeminismo» **198**
Un largo camino **206**
La esperanza **210**
Cristalizaciones **217**
Lo que excede a lo acordado **219**
Bibliografía **221**

*A mi madre, Teresa de Paz, que me ha enseñado la valentía.*

*Y a Natha, mi aliento cotidiano.*

Es tan fácil decir: «Es la vida», la vida que llevamos amándola u odiándola, la vida con la que se hacen películas, novelas y canciones.

Y sin embargo, esta vida, no hay por qué aceptarla tal cual.*

ALAIN TOURAINE

* Alain Touraine, *La mirada social. Un marco de pensamiento para el siglo XXI*. Paidós, Barcelona, 2009, p. 219.

# AGRADECIMIENTOS

La lista de agradecimientos para este libro sería poco menos que interminable ya que es fruto de un período de tiempo que abarca muy diversas etapas de mi profesión y de mi vida. Numerosas personas e instituciones han dejado su huella en mí y en mi trabajo. Pido disculpas por las omisiones.

En primer lugar, estoy enormemente agradecida a Patricia E. Powell, gran escritora, y entrañable amiga, con quien compartí en Estados Unidos los años en que se incubaron las ideas centrales de este libro. De aquellos años y lares, quiero dar las gracias también a mis amigas y amigos Jonathan Strong, Anne Richardot, Scott Eledge, Laura Pirott, Marge Salvodon, Shay Youngblood, Eleuterio Sánchez, Claude Malary y Elizabeth Hadley —que en paz descanse. En la etapa de gestación del libro fueron especialmente importantes las aportaciones de Stephanie Merrim y Antonio Carreño de la Universidad de Brown. Estoy agradecida también a mis colegas de la Universidad de Lawrence, en particular, a quienes desarrollaron el programa de Estudios de Género como Helen Klebesadel; a Lena Sawyer y Myriam Osorio, pues su amistad fue entonces un gran estímulo intelectual y una cuestión de supervivencia para poder escribir; y a Cathrin Mjelde, que de alguna manera estuvo ahí mientras yo maduraba las primeras ideas. De mis colegas de la Universidad de Houston estoy agradecida de todo corazón a Julián Olivares, de quien recibí un importante impulso profesional, clave para el desarrollo de una buena parte de este libro. En el terreno de lo personal, gracias a Paca Benítez, a Tricia McFarlaine y a Lamia Karim.

Ya a este lado del Atlántico, mi gratitud se extiende en primer lugar, a todas aquellas personas que creyeron de verdad en *Women's Worlds / Mundos de Mujeres 2008*, porque aquel proyecto supuso para mí la primera puesta en práctica de las ideas que dan unidad conceptual a este libro. Isabel Tajahuerce y Cristina Mateos fueron los dos pilares fundamentales pero quiero extender mi agradecimiento también a quienes trabajaron muy cerca de mí entonces, dentro y fuera de la Universidad Complutense de Madrid. Gracias a Fanny Rubio, a quien debo un productivo aterrizar en el mundo español de la cultura y de lo académico; a Rosa Pereda, interlocutora inteligente, y a todas las mujeres que nos han acompañado con su enorme sabiduría en *Voces Mediterráneas* desde 2007—su fuerza y su conocimiento son la materia prima de este libro. A Bibiana Aído y a María Fernanda Santiago Bolaños, importantes aliadas desde las instituciones. Y sobre todo, a Soledad Murillo, brillante luchadora, cuyo tesón y calidad humana me han inspirado y alentado a lo largo de la solitaria escritura de este libro.

No quiero dejar de mencionar a mis hermanas, Concha y María del Mar, siempre expectantes, que me han ayudado mucho a madurar ideas; ni a Eloy Rodríguez Borgio, padre sereno y constante, y hombre coherente con su humanidad. A mi padre biológico, Plácido Langle, que desde otras sombras siempre me acompaña. A Ángela Piña y Lourdes Pérez, en la otra orilla del Atlántico. A Rosa Prieto por su cariño y reiterada admiración; a Gloria Sagasti, por su bravía e inspiradora motivación; y a Nieves Chueca, pionera. Y sobre todo, a Nathaly Camacho Piña.

Mi deuda con Iris M. Zavala se remonta muy atrás en el tiempo; comienza con la lectura de su obra, que me abrió nuevos caminos de pensamiento y llega hasta el presente con una bonita amistad. Y por último, los nuevos andares y las nuevas ideas que traspira el libro, un lento y fructífero conjugar de palabra y acción, se lo debo principalmente a dos personas a quienes respeto y admiro mucho, Margarita Benítez y Federico Mayor Zaragoza.

# PRÓLOGO

Bibiana Aído*

Una reivindicación histórica del movimiento feminista ha sido conocer el papel que las mujeres han desarrollado en la construcción de la sociedad, investigar cuál ha sido su aportación a la historia y rescatar del olvido las figuras femeninas que nos han precedido en el proceso hacia la igualdad. Ha sido una reivindicación y también un trabajo arduo el que se ha desarrollado en las últimas décadas para completar el discurso histórico, para saber que hubo otras mujeres que trabajaron por la igualdad que nos ofrecen modelos y referentes.

Teresa Langle de Paz, se inserta en esa corriente de trabajo y en este libro, hace una propuesta singular. Sin negar la importancia de la reelaboración de la historia integrando en ella a las mujeres, cree necesaria una nueva lectura de la historia del feminismo desde un planteamiento metodológico diferente que nos permita alejarnos de la lógica del discurso patriarcal. Y para ello nos expone tesis esperanzadoras basadas en el concepto de «emoción feminista», concepto anclado en la experiencia íntima y subjetiva de cada mujer sobre la diferencia sexual, como clave para recuperar la historia fragmentada de las mujeres.

Para la autora, reconstruir la historia y la memoria del feminismo es un proceso que va desde la emoción feminista hasta la toma de conciencia de la diferencia de género, de lo personal a lo colectivo, de lo privado y singular a lo público y universal.

---

* Ministra de Igualdad (2008-2010) y Secretaria de Estado para la Igualdad en la actualidad.

El texto reclama el ámbito de lo emocional, en el sentido de conciencia libre, secreta y espontánea, pues para la autora es en la capacidad de sentir donde todos los seres humanos están conectados. Pero también nos subraya que el sentimiento de la «emoción feminista», como algo íntimamente ligado al sujeto femenino, no adquiere su potencial político hasta que éste lo reconoce como algo colectivo, sin perder por ello su condición de sentimiento único y singular.

En definitiva, nos encontramos ante una obra sugerente, con un fuerte contenido conceptual y teórico, que nos plantea, como dice la autora, los retos del feminismo ante un mundo complejo en el que al mismo tiempo que toman fuerza los fundamentalismos, se advierte un esfuerzo generalizado por encontrar consenso en la diversidad, pues aquí reside el mayor potencial de cambio social y de justicia.

Este libro supone un paso más en el desarrollo de la teoría feminista y viene a sumarse a las aportaciones que tantas personas han realizado en los últimos años para el conocimiento de la historia de las mujeres o, como diría la autora, para rescatar la memoria de las mujeres.

# PRELIMINARES. «PALABRAS LIMINARES»

Iris M. Zavala

Los lectores tienen en sus manos una reflexión sobre los avatares del feminismo en España desde sus inicios en los siglos dorados, y en particular desde los siglos XVII. Y, en particular, los capítulos sobre la historia, la memoria, el lenguaje y la literatura. Tiene razón al tratar en profundidad el poder y como clausura, lo universal. El estudio está orientado a contribuir a la memoria de las mujeres. Es decir, la memoria histórica, puesto que la lucha de las mujeres siempre ha estado orientada, no sólo a buscar mayores libertades para su género sexual, sino en múltiples ocasiones buscando el bien común. Evidentísimo en el siglo XIX: recordaré de paso a Flora Tristán y Louise Michel en París; y desde otra perspectiva a George Sand. Y en España a anarquistas, socialistas, comunistas desde los inicios de estos movimientos.

Lo que da unidad a todo el libro —y cito— es el concepto de *emoción feminista* que, lejos de oponerse a lo racional y de aludir al lugar que se ha reservado o al que se ha relegado a las mujeres y a lo femenino, por afán de control político y cultural es, entre otras cosas, el lugar del origen, de la rebelión, de las explosiones e implosiones invisibles, singulares, más libres, pero reales y transformadoras de las sociedades y de las culturas. Así pues, entiende la «emoción feminista» como *subjetividad feminista*; o dicho en otras palabras, a la posición sexual de la histerización que introduce la mujer para cuestionar la cultura, a la cual he aludido en múltiples ocasiones. Ya Roland Barthes sostuvo que la historia es histérica, y sugiero que en la histerización, está el recurso de lo que puede ser una nueva tarea para la posición femenina.

Histerizar equivale a transformar la estructura del discurso dominante. Expliquémonos; si histerizar, según Lacan, es suscitar un deseo de saber la causa del sufrimiento, y toma la forma de una pregunta; la histerización supone un cuestionamiento, una apertura al Otro, y un cambio de posición del sujeto en el discurso. Civilizar equivale a domesticar el goce, conscientes de que hace falta algo más que el lenguaje para civilizarlo, repito: goce, lo extralimitado, el sufrimiento, el dolor, y eso que llamamos después de Freud, la pulsión de muerte. Hemos de intentar civilizar la crueldad de ese depredador que somos, que nos lanza al pasado, a volver a formar parte de una manada, y sus exigencias de sacrificio.

Contra estos imperativos modernos Teresa Langle de Paz persigue el lugar de la desesperación desde donde emana la fuerza transformadora del mundo, bien sea tornándose en activismo y escritura, como en el caso de Pinar Selek, entre tantas otras. El lugar de la rebelión lo fija en decisiones políticas y sociales: procesos migratorios, pequeñas rebeldías cotidianas, obras políticas, artísticas, culturales, en apoyos mutuos, en las transgresiones del lenguaje y en lo que éste oculta o da a entender con sus silencios, o en las subversiones del cuerpo. No obstante, para poder conectar la enorme diversidad e intangibilidad de la 'emoción' privada con lo colectivo y con lo privado. Lo que denomina 'emoción' –que ya he sugerido que equivale en palabras lacanianas a histerización, es justo esa fuerza que puede llegar a manifestarse como *conciencia feminista*, esto es, como elemento unificador de una experiencia colectiva.

Del supuesto equilibrio social surge precisamente aquello que lo desequilibra, que no se puede nunca controlar, y en donde las mujeres materializan su rebeliones; rebeliones que lenta y calladamente, o a gritos, sólo pueden oírse por lo que son si se comprende que el feminismo podría ser lo que conforme una cultura y lo que puede transformar a las sociedades. Ojalá y fuera cierto, y no es que como ideal no sea extraordinario, pero no puedo menos que recordar unas palabras de Freud: la felicidad no se lleva muy bien con la cultura; porque—justamente—la pulsión (que marca ese pasaje imposible a lo Natural) no se lleva muy bien con el equilibrio que puede lograrse entre el deseo y los ideales del sujeto. O dicho de otra forma, la política del sinthoma—en nuestros tiempos cuyo malestar parece apoderarse aún más por la vía del capitalismo que hace del consumo

hiperbulímico su estar en el mundo—no puede estar pensada sin considerar en nuestro horizonte ese plus de goce inherente a la Cultura. En definitiva, una política subsidiaria en transformar la miseria neurótica en desdicha cotidiana, parafraseando a Lacan.

El libro es una mina de detalles preciosos sobre el desarrollo de los feminismos, y podría resultar útil para el activismo y para su aplicación en programas sociales y educativos concretos. ¿Cómo? La respuesta la deja abierta.

# INTRODUCCIÓN

Margarita Benítez*

Es grande el desafío intelectual que implica el proyecto de reflexión, análisis y acción feminista contenido en el presente libro. Requiere revisar y cuestionar conceptos y paradigmas recibidos sobre la historia, la memoria, y sus respectivos objetos y sujetos; sobre los fundamentos teóricos y esquemas analíticos del feminismo; sobre la creación y la crítica literaria; y sobre los poderes explícitos e implícitos que dan forma a la vida individual y colectiva. Sólo así se abre el campo para el radical replanteamiento teórico que este libro propone como indispensable punto de partida para la agenda de acción del feminismo del siglo XXI.

El escrito ante ustedes afirma la centralidad de la experiencia subjetiva de las mujeres como fuerza vital del feminismo, y como clave aún no suficientemente explorada de su historia. Cuestiona la eficacia analítica de la herencia intelectual del patriarcado para dar cuenta de la experiencia de las mujeres. Plantea la insuficiencia de los esquemas binarios de antinomias y reduccionismos, propios del pensamiento occidental, a la hora de desentrañar —como cuando

---

* Margarita Benítez fue rectora de la Universidad de Puerto Rico en Cayey, donde estableció el Proyecto de Estudios de la Mujer. Ha dictado cátedra de Estudios Hispánicos y de Humanidades en la Universidad de Puerto Rico, y en las Universidades de Columbia, Fordham, y Albany en Nueva York. Actualmente radica en Washington, DC, donde ha ocupado puestos ejecutivos en el Departamento de Educación federal, y en diversos centros de investigación, análisis, y acción sobre temas de educación superior.

de la subjetividad de las mujeres se trata— realidades y relaciones complejas, cambiantes, y con frecuencia contradictorias, «que emanan de un sujeto en proceso de transformación».

Para acometer el ambicioso replanteamiento que propone, Teresa Langle de Paz conjuga sus saberes y lecturas humanistas y feministas de ambas orillas del Atlántico con las revelaciones de su propio quehacer como investigadora, profesora de literatura y teoría feminista, y gestora de encuentros y congresos internacionales de mujeres. Entre estos destacan el gran congreso internacional «Mundos de Mujeres/Women's Worlds 2008», que congregó en Madrid a más de 4,000 líderes y estudiosas de movimientos académicos, políticos y comunitarios a través del mundo. Asimismo, el encuentro «Voces Mediterráneas», ya por su quinta edición anual, ha brindado una plataforma feminista para la discusión de temas de amplio alcance vividos y sentidos con particular intensidad en los países de la cuenca mediterránea.[1] Mediante estas convocatorias, Langle de Paz ha contribuido consistentemente a hacer patente la aportación de las mujeres a la búsqueda y creación de soluciones pacíficas a las tensiones étnicas, económicas y migratorias tan presentes en esa región, y a propiciar su participación en iniciativas transnacionales en pro de los derechos humanos y el diálogo fecundo entre culturas.

La intención de este libro es afín, y en cierto modo previa, a la de los encuentros feministas citados. Se trata de compartir los frutos de un esfuerzo prolongado por enfocar e iluminar zonas de actividad, poder y acción de las mujeres a través de la historia que no han sido detectadas ni hechas inteligibles por los esquemas conceptuales en uso habitualmente, aun desde posiciones feministas. Esto requiere dos grandes tareas iniciales, que consumen buena parte del libro. Una es precisar e ilustrar en qué consiste «la emoción feminista» o «la pulsión rebelde», que Langle de Paz coloca en el centro de su nueva propuesta teórica. La otra es

1. Fruto de este congreso es la importante «Declaración de Granada» sobre mujer, política y derechos humanos, así como varias publicaciones, entre ellas: *Voces Mediterráneas. Un espacio de lucha y esperanza (*Trama, Madrid, 2008), y números monográficos de las revistas *Letra Internacional* y *El Rapto de Europa.* Para más información, ver www.vocesmediterraneas.org

pasar revista a los acercamientos analíticos previos, y demostrar por qué cada uno de ellos, aunque aleccionador, y muchas veces meritorio, resulta insuficiente para dar cuenta de realidades que lo trascienden.

«La rebelión sigilosa» de las mujeres que interesa a Langle de Paz es, por naturaleza, imperceptible a primera vista. Fluye por los silencios, vacíos y encubrimientos que caracterizan la experiencia del oprimido, y no suele hallar expresión ni eco en los discursos propios de las élites intelectuales y políticas. Para estas élites, la exclusión de las mujeres de los ámbitos del poder ha sido por siglos normal y natural. No es que las mujeres hayan estado ausentes de la vida real; es que generalmente han estado excluidas de los círculos y prioridades del poder, así como de sus análisis, representaciones, y valoraciones en la política, la historia, y la creación intelectual o artística. Resulta, pues, que la supuesta universalidad de estos discursos encubre e implica la exclusión de las mujeres. Es necesario buscar por otros sitios las manifestaciones latentes de la subjetividad y de la rebeldía de las mujeres en el tiempo, descritas por Langle de Paz como «un laberinto de túneles». Como observara Iris M. Zavala, cuyo pensamiento se deja sentir en estos planteamientos de Langle de Paz, la historia de los feminismos requiere una lectura dialógica, que se adentre por exclusiones e intersticios, hasta llegar a «lo no dicho.» Hay que leer los textos «al trasluz», esto es, con atención a las voces ausentes o silentes que han sido marginadas, a las que hay que buscar más allá de lo explícito en los textos.

Advierte Langle de Paz, por otra parte, que durante siglos muchas mujeres han sido analfabetas, por lo que buscar en la escritura su principal instrumento de expresión implica errar el blanco, pues se pierden de vista manifestaciones imperceptibles a una óptica ya predeterminada. Para Langle de Paz, si bien es encomiable el esfuerzo de muchas historiadoras e investigadoras feministas por rescatar los nombres y las obras de mujeres que aportaron a los haberes culturales de su tiempo —escritoras, pintoras, científicas, etc.—, el excepcionalismo no es la clave ni el eje de las aportaciones de las mujeres a la historia de todos nosotros. De ser así, sólo estaríamos reconociendo significación y prestando atención a un sector que es, en última instancia, no representativo: a las pocas mujeres que

adoptaron los discursos y estilos del grupo dominante para manifestarse, fuera en armonía, fuera en rebeldía contra ellos. ¿Dónde quedarían todas las muchas otras?

También señala Langle de Paz que, aun al analizar aquellos escritos de mujeres que se han recuperado y estudiado, la crítica suele pasar por alto la «emoción feminista» que en ellos late, y que les da su fuerza. De ahí el radicalismo y la urgencia de la propuesta teórica de Langle de Paz. Lo expresa amable, pero apremiantemente:

> Sin restar valía a los magníficos estudios críticos que han seguido esta línea, en mi opinión, no es posible hacer justicia a la postura cultural de las mujeres [...] a lo que fueron sus expresiones de sus anhelos y rebeldías, sin reimaginar la categoría de lo femenino más allá de la categoría mujer y de los binomios autor/texto y dominio/subversión.

Esta admonición sigue líneas de pensamiento ya formuladas por teóricas feministas de vanguardia, como Rosi Braidotti y Gayatri Chakravorty Spivak, a quienes Langle de Paz alude con frecuencia.

Con ésta y similares advertencias, Langle de Paz nos insta a escudriñar críticamente y a trascender discursos teóricos que no alcanzan a abarcar la complejidad y riqueza de las expresiones de las mujeres. Entre ellos se encuentran la retórica clásica, la historiografía tradicional, el humanismo, el positivismo, el marxismo, la crítica psicoanalítica, el estructuralismo, el postmodernismo, la crítica postcolonial, gran parte de la propia crítica feminista, y un largo etcétera de escuelas y secuelas europeas, americanas, y del Tercer Mundo que la autora reseña perspicaz y rigurosamente.

Tan impresionante despliegue de saberes no es un acto de ostentación, sino un escrupuloso repaso del legado cultural recibido, a fin de constatar lo que se ha podido —así como lo que no se ha podido— captar hasta ahora de la experiencia y subjetividad de las mujeres mediante estos discursos. Este repaso crítico de teorías y de categorías de análisis hace clara la necesidad de ir más allá de ellas. Según Langle de Paz, la tarea por delante es «reclamar los vacíos de la cultura en donde las experiencias de los invisibles—entre ellos

la mayoría de las mujeres—hallaron su camino». Dicho reclamo es una tarea que otros estudiosos han emprendido antes con respecto a grupos perseguidos, colonizados, o marginados. Las mujeres estaban, sin duda, entre estos grupos, pero sin adquirir la centralidad y universalidad que les confiere esta nueva propuesta.

Reconoce Langle de Paz que buscar en el silencio o el vacío huellas, significado, y resonancias es empresa arriesgada. Uno de sus riesgos mayores es proyectar en ese silencio lo que queremos encontrar porque nos hace falta que sea así para completar nuestro propio esquema y validar nuestra convicción. Para contrarrestar tal tentación, Langle de Paz apela a los postulados de la crítica postcolonial —de nuevo Chakravorty Spivak— y al reconocimiento *a priori* de la imposibilidad de reconstruir la totalidad de una experiencia con pocos materiales y rastros incompletos.

La crítica postcolonial le brinda el andamiaje teórico que contextualiza los vacíos de la historia oficial dentro de las dinámicas de la opresión, e identifica en ellos y más allá de ellos pistas y rastros, tanto de reacciones rebeldes a los discursos dominantes como de manifestaciones autónomas y diferentes al margen de ellos. Que los discursos del poder suelen llevar en sí mismos el germen de su propia subversión se había planteado antes. No obstante, es una toma de conciencia necesaria, que la autora insiste en no reducir a una simple tensión entre contrarios. Por otra parte, el reconocimiento de la imposibilidad de una reconstrucción plena, y plenamente fidedigna, del pasado de las mujeres no sólo le brinda libertad a ella como gestora de teorías, sino que le permite poner en duda la solidez de otras certezas asumidas por otros discursos.

Un riesgo adicional de postular silencios, emociones y subjetividades como ámbitos profundos desde donde se gesta la rebelión sigilosa de las mujeres es caer por el barranco de los estereotipos seculares sobre la naturaleza emotiva de las mujeres, el eterno femenino, y las consabidas contraposiciones hombre-razón/mujer-emoción, biología vs. cultura [*nature vs. nurture*], el instinto en contra de lo aprendido, etc.

Langle de Paz está conciente de todos estos riesgos, y llama la atención de sus lectores a ellos. Precisamente, el repaso exhaustivo de teorías y acercamientos críticos ya mencionado, tuvo varios propósitos: registrar esquemas conceptuales anteriores, por lo general

insuficientes o estereotipados; descartar o superar muchos de ellos; y tomar de otros sólo aquello que le resulte útil para asomarse a lo que está por descubrir aún respecto a la pulsión rebelde de las mujeres a través del tiempo. Como ella es la primera en admitir, mucho de esta subjetividad latente y subyacente es, aun para la autora, al menos parcialmente, *terra incognita*.

Así define ella el reto que confronta: «¿cómo teorizar sobre cómo se expresa la experiencia de un sujeto cuya esencia es una carencia, un proceso, un devenir, un deseo de ser?», y elabora, «un sujeto que es delimitable, ante todo y solamente, como potencialidad expresiva, porque ocupa el lugar privilegiado de lo indefinido: el deseo, el devenir, y la búsqueda». Muy importante, advierte, no limitarnos a percibir y describir este sujeto tan sólo negativamente, como lo que no es; hay que apreciar su fuerza, y la potencia de cuanto puede llegar a ser. A riesgo de revertir a un esquema presuntamente superado, creo merece mención la analogía con el concepto de *conatus* de Spinoza.

Parte de la solución metodológica a las interrogantes planteadas la halla Langle de Paz en el pensamiento de Rosi Braidotti, quien postula la necesidad de dejar atrás los «hábitos mentales de la linealidad y de la objetividad». Afirma Braidotti, y reitera Langle de Paz, que sólo dejando atrás estos hábitos tan arraigados en el pensamiento occidental, es posible reconocer y aprehender lo fundamental: las claves que ofrece la subjetividad para revelarse como proceso vital de realización del deseo primario de llegar a ser. Este es un deseo manifiesto en diversos niveles, unos concientes y otros inconcientes. A esta abarcadora comprensión del deseo, que deja muy atrás los esquemas racionalistas, es que Langle de Paz nos incita a llegar. Al postular «la emoción feminista» como *primum mobile* de la real, aunque oculta, historia de las mujeres, a la que llama «rebelión sigilosa», Langle de Paz va a tomar una ruta distinta de su admirada Iris M. Zavala, cuya huella se siente de tantas maneras en este trabajo.[2]

2. Langle de Paz reconoce tanto sus coincidencias como sus diferencias con el pensamiento de Zavala: «pues el campo de acción por el que se mueven mis ideas es ese reducto del lenguaje en donde habita el silencio, los silencios, lo no dicho, la ambivalencia como verdad oculta de la subjetividad de lo femenino, de la subversión o «descentralización del discurso Amo», que es feminista para

Una de las secciones más retantes del libro es la que enfoca el cuerpo como el alfa y el omega —clave primaria y razón última— de la fuerza vital de las mujeres, «lugar que está a la vez marcado y liberado por la diferencia sexual». Como el cuerpo, el deseo, y el poder han sido tratados por tantos pensadores y creadores desde muy diversas perspectivas, aquí se hace aún más denso el entramado de referencias y matizaciones a los postulados y preceptos de filósofos, teóricos, lingüistas, feministas, a su vez sostenidos por las ideas de sus predecesores y en continuo diálogo con sus sucesores. Por ejemplo, la referencia a la visión de la subjetividad y el deseo en la obra *Anti-Oedipus*, de Gilles Deleuze y Felix Guattari, nos remite a Spinoza, Freud, Marx, Nietzche, el anarquismo, el arte de vanguardia, la semiótica estructuralista francesa, y Lacan, por sólo nombrar las relaciones conceptuales más sobresalientes.[3] Sobre el tema del cuerpo, son asimismo obligadas las referencias a las posturas, relacionadas pero diferentes, de Irigaray, Cixous, y Kristeva sobre las relaciones y rupturas entre sexualidad y discurso. Y así sucesivamente; Langle de Paz también explora el pensamiento sobre el deseo, el poder, el cuerpo y el discurso de las mujeres o atribuido a ellas de Derrida, Foucault, Judith Butler, Elizabeth Grosz, etc.

Por mucho que le exija —y le brinde— al lector esta reflexión crítica, con ella no se agota el reto intelectual que contiene este libro. Lo alcanzado hasta aquí, que no es poco, ha sido sobre todo un ejercicio intelectual que servirá de adiestramiento y guía para adentrarnos en el insuficientemente explorado «laberinto de túneles» de donde proviene, según Langle de Paz, la rebelión sigilosa

---

mí. Mi propuesta del concepto de «emoción feminista» como herramienta para llegar a esos silencios es tal vez lo que la diferencia del pensamiento de Iris más, porque intento con ello conectar con lo pragmático y con lo real, proponer algo que va más allá del texto de la cultura, más allá de la interpretación de ésta, y adentrarme en un terreno aún más ambivalente e impreciso, más oculto o silenciado incluso para el sujeto mismo —antes de que se haga lenguaje, antes de que se exprese la subjetividad. La idea de una «emoción originaria», ligada a la experiencia de género, y feminista porque responde, emana y por ello, subvierte, de una forma u otra el orden «fálico» es [otro aspecto] donde difiere también mi propuesta...» Entrevista con Langle de Paz, diciembre 2010.

3. Jan Sjunnesson, «Power and Desire in the Political Ontology of Spinoza and Deleuze/Guattari,» Uppsala, 1998.

de las mujeres. Es útil recurrir en esta coyuntura al concepto de «cartografía», definido por Langle de Paz como «una lectura del presente hecha para examinar la relación de la subjetividad con su localización geopolítica e historico-discursiva, y para ofrecer siluetas de los avatares del 'yo' en el discurso». Por fortuna, Langle de Paz ha elaborado varias cartografías para que vayamos trazando nuestra ruta.

No sorprenderá a quienes conozcan a Langle de Paz que, tras tan profunda zambullida teórica, emerja proponiendo una agenda de acción feminista para lidiar con los problemas acuciantes del mundo en que vivimos. Adscribir una agenda de acción a tan abstrusos planteamientos teóricos no es aquí un *non sequitur*; en el caso de Langle de Paz, parafraseando a Ortega, es la espina dorsal que se le transparenta.

Langle de Paz recurre a un dato demográfico por todos conocido, y atendido por pocos, para lanzar desde él tanto su gran denuncia como el esbozo de su gran solución:

> Habría que reflexionar también —y ahí es a donde voy— sobre si los problemas del mundo no se deben en parte al hecho de que se ha ignorado lo que ocurre en el alma privada e individual de más de la mitad de la población mundial... Y es que ni la contribución de las mujeres a las culturas y a las sociedades se ha tenido en cuenta como fuente del conocimiento, o sólo se ha hecho parcialmente, ni tampoco sus verdaderas realidades y dramas cotidianos para el proceso de consolidación de las ciudadanías políticas, las comunidades, los Estados y las naciones que hoy conviven en el mundo, y este hecho es, entre otras cosas, *un inconmensurable desperdicio de sabiduría humana*.

A restañar y rescatar tal desperdicio de sabiduría humana nos convoca Langle de Paz desde las páginas de este libro, y con el ejemplo de sus propias acciones. Además del intenso trabajo de crítica y teoría aquí reseñado, Langle de Paz se mantiene activa en iniciativas internacionales y en redes feministas empeñadas en abrir nuevos caminos a empatías, convivencias, y respuestas pacíficas a los conflictos de nuestros días. Trabaja actualmente en la formulación de un proyecto transnacional de colaboración interuniversitaria para

sacar a la luz saberes de mujeres de distintas partes del mundo, titulado *Women's Knowledge: The Missing Piece for Peace*. Este necesario proyecto, en el cual me honra participar, ha merecido el endoso de la Fundación Cultura de Paz, así como de prominentes universidades norteamericanas. De manera que, entre teoría y acción, es mucho y sustancial lo que aporta, y lo que aportará, Langle de Paz al quehacer feminista del siglo XXI.

# PREFACIO DE LA AUTORA. LA PULSIÓN REBELDE

La reconstrucción de la dignidad histórica de las mujeres, su memoria, su lugar pleno en el devenir de las sociedades, es también esperanza de que la humanidad encuentre un nuevo equilibrio social y político; la humanidad, sí, ese todo imposible de definir. La *rebelión sigilosa* de las mujeres es fuente de esperanza para la sociedad en su conjunto y debería ser inspiración en el devenir de la historia presente y futura; esa *pulsión rebelde* que subyace a la cultura, que emerge de ella o que la rebosa a borbotones, ese intangible cultural está aún por recuperar como pieza clave del motor del mundo y de la armonía social.

El trabajo que aquí presento es fruto de casi una década de lenta maduración de ideas, un proceso arrítmico y a veces errático que comenzó a raíz de mis investigaciones académicas en el campo del análisis literario de la primera modernidad española. Propongo ahora, tras haber revisado y recuperado algunas de aquellas incursiones, nuevas reflexiones sobre la actualidad en donde quedan enmarcadas; y un acercamiento al pasado que sirva para proyectarse en el presente y hacia el futuro con fuerza renovada. Sugiero un análisis de los poderes del presente y del pasado que, aunque no se reconozcan como poderes, rigen y siempre han regido el mundo, y son auténticas fuentes de transformación social. No dejo de hacer una profunda reflexión sobre el lenguaje y la literatura como materias primas y como germen de algunas de las rebeliones más libres e inapresables de las culturas. Y termino, con una mirada a la identidad de género que sirva para detenerse en el «desorden» social, en la fuerza de las

experiencias de las mujeres, y en el potencial de unidad social que emana de ellas. Un proyecto muy ambicioso del cual este libro es simplemente una primera aportación.

Durante las investigaciones que realicé en mi etapa de profesora en las universidades norteamericanas, me empezó a obsesionar un fenómeno que observaba a medida que iba encontrando y examinando textos que las mujeres del siglo XVII habían escrito: que todos ellos, sin excepción, parecían aludir con mayor o menor intensidad a un sentimiento de protesta o rebeldía provocado por su experiencia de género femenino en el contexto de su época. A parte de la literatura de los llamados siglos de oro, fui profundizando en mis conocimientos especializados sobre lo que significó el debate y el discurso abierto contra la misoginia en toda Europa desde el siglo XV y, en concreto, sobre las manifestaciones que tuvo en la península ibérica. Lo que para mí entonces se presentaba como un drama: el silencio en que estaban sumidas aquellas voces por la escasez de documentos —a pesar de que logré encontrar y publicar algunas cosas inéditas importantes para la reconstrucción del discurso feminista que me proponía— se tornó después en todo lo contrario: me di cuenta de que no se trataba de escasez, de que el latido de esas voces rebeldes podía buscarse y encontrarse por doquier. Espero que algunas de las ideas que recojo en este libro inspiren a otras y otros a continuar desenterrando vestigios de aquellas voces de nuestras predecesoras que se hallan ocultas o difuminadas en todo el compendio escrito y oral de la época. Lo que me ocurrió a mí, a raíz de esas realizaciones iniciales, fue que el intangible cultural de las mujeres y del feminismo del pasado me ayudó a comprender mejor también el momento actual.

Si bien el enfoque general de este estudio debe mucho a una época, los siglos XVI y XVII, doblemente lejana: en mi propia trayectoria profesional y en la historia de las letras españolas, la parte central de este libro, los capítulos II y III sobre la historia, la memoria, el lenguaje y la literatura, son los que la abordan más densa y extensamente. He querido dedicar una gran parte del libro a un campo de estudios que puede ser demasiado ajeno para un lectorado general, pero he procurado que no resultara estrictamente académico ni abrumadoramente especializado. Se extrañará tal vez quien lea el libro al completo, de que la sección central vaya enmarcada por dos

capítulos —uno al principio sobre el poder y otro, como clausura, sobre lo universal— que tal vez se parezcan más entre sí que la relación directa que guardan con el contenido de los capítulos II y III. No es aleatorio este orden que he elegido. Se trata de una estrategia para romper de una vez por todas con el desplazamiento a los márgenes de lo más antiguo de nuestra historia, y dejar así establecido, al menos en los confines de este libro, un vínculo con el presente, en donde no se diluya lo específico en el conjunto ni viceversa. Es decir, contribuir a la memoria de las mujeres.

Lo que da unidad a todo el libro, el hilo conductor de mi propuesta, es el concepto de *emoción feminista* que, lejos de oponerse a lo racional y de aludir al lugar que se ha reservado o al que se ha relegado a las mujeres y a lo femenino por afán de control político y cultural es, entre otras cosas, el lugar del origen, de la rebelión, de las explosiones e implosiones invisibles, singulares, más libres, pero reales y transformadoras de las sociedades y de las culturas. Lo político y poético al mismo tiempo; lo poético hecho político, en donde las mujeres principalmente son protagonistas en tanto en cuanto experimentan el género, en tanto en cuanto se viven como «no-hombres» en el contexto de las culturas. La «emoción feminista» transformada en *subjetividad feminista*, en expresiones de dicha «emoción» —verbales y no verbales— a menudo alude, como concepto en el libro, a la fuerza imparable, incontenible, de la experiencia de género. Y ésta, aunque parezca invisible en ocasiones, puede llegar a manifestarse como *conciencia feminista*, esto es, como elemento unificador de una experiencia colectiva. Del supuesto equilibrio social surge precisamente aquello que lo desequilibra, que no se puede nunca controlar, y en donde las mujeres materializan sus rebeliones; rebeliones que lenta y calladamente, o a gritos, sólo pueden oírse por lo que son si se comprende que el feminismo, en un el sentido amplio de *panfeminismo* o *suprafeminismo*, es también lo que conforma una cultura y lo que transforma a las sociedades desde dentro —y viceversa, claro.

Soy plenamente consciente de lo escurridizo y arriesgado que tiene, conceptualmente hablando, elegir un término como el de «emoción feminista», que alude a lo emocional, a los sentimientos, cuando se trata de las mujeres pues, reservarnos ese ámbito y apartarnos del de la razón ha tenido y tiene graves consecuencias

en la historia y en la experiencia vital. La teoría feminista ya se ha ocupado exhaustivamente de explicar esto. Habrá quien encuentre en la 'emoción feminista' una idea y un concepto útil que engloba en sí mismo una rebeldía de dos términos y conceptos a menudo encontrados y habrá, con toda seguridad, quien se resista a ello y lo rechace de plano. Sin embargo, asumo plenamente el riesgo de acuñar un concepto y unos términos tan cargados de connotaciones porque, en caso de haber logrado construir mis argumentos con rigor y persuadir con éxito a quien los lea, habré satisfecho un triple propósito: uno, demostrar que lo almacenado en la cultura sin significado, sin conceptualización puede de hecho ser portador de ello y ser referido y rescatado como tal gracias al concepto que aquí propongo —«emoción feminista»; dos, que la cultura y la política albergan, en sus propias perversidades, aquello que las desborda (re)definiéndose a sí mismo en procesos que están por reconocer y por trazar pero que son ineludibles; y tres, que incluso las limitaciones que lo externo y lo contextual imponen a la experiencia de género, pueden convertirse en fuente de transformación personal y social para las mujeres, entre otras cosas, para ayudarles a salir de la trampa del amor y de la pena, que diría Soledad Murillo, y protegerse así de la violencia. En suma: la «emoción feminista» como concepto implica que ya no sirve la tradicional división entre la razón y la emoción; que vivimos otra era en donde las mujeres y el feminismo, con su permanente habitar y traspasar de fronteras y categorías, aportan un conocimiento clave sobre nuevas armonías individuales, sociales e interpersonales para las sociedades contemporáneas. Y es que las mujeres son portadoras de una cultura cuyo significado depende absolutamente de la inextricabilidad de la experiencia vivencial afectiva y contextual de género —la de la «emoción feminista»— con todo el derroche de saberes que esto conlleva.

En el primer capítulo, *El poder y los poderes*, cuestiono la tradicional distinción entre el poder institucional, político, económico, etc., esto es, el poder generalmente reconocido como tal, y la noción de poderes, en la cual el papel que juegan las mujeres, en el devenir pragmático de las culturas y de las sociedades, no se ha explorado suficientemente. Sitúo el concepto de 'emoción feminista' como una auténtica fuerza motriz del mundo, como el lugar de los poderes siempre subyacentes y casi siempre por ser reconocidos. Este

desdoblamiento entre poder y poderes me sirve para comenzar a ofrecer al lectorado, con una serie de pinceladas o apuntes —de ninguna manera pretendo hacer un análisis exhaustivo de un tema tan enormemente complejo que merecería un libro aparte— mi propuesta recurrente sobre la necesidad de reclamar el protagonismo ineludible de las mujeres en las sociedades.

El segundo capítulo, *La historia y la memoria*, se adentra en las páginas aún no escritas de las letras españolas para reclamar el lugar de la memoria de las mujeres. La distinción entre historia y memoria cumple la función de llamar la atención sobre el abismo insalvable que separa a la memoria de las mujeres de su propia historia, una amnesia de siglos; un hecho que condiciona la experiencia de género y perpetúa realidades discriminatorias. En primer lugar, aludo a que la historia fragmentada de las mujeres no puede reconstruirse ni recuperarse en toda su magnitud e importancia desde concepciones tradicionales historicistas, positivistas y lineales, sino que ha de hacerse desde una metodología nueva, a caballo entre la tradición hermenéutica y el renacer de un humanismo renovado por y tras la postmodernidad, de un *humanismo feminista*. En segundo lugar, en este capítulo analizo en qué medida la fragmentación o anulación de la historia tiene para las mujeres graves consecuencias atemporales, la más grave de todas: la ausencia de memoria, esto es, la desprotección y vulnerabilidad ante el tiempo presente y futuro. Las consecuencias de la ausencia de memoria se manifiestan, entre otras cosas, en una dificultad manifiesta para muchas mujeres de encontrarle sentido a una conciencia feminista; que es lo mismo que decir, encontrar la fuerza como sujetos en la vida real y cotidiana. En tercer lugar, propongo que la reconstrucción de la memoria histórica de las mujeres no puede ser otra que la recuperación empecinada de todo aquello que recorre las culturas como un torrente sigiloso e imparable que todo lo desborda en el discurrir del tiempo: la subjetividad.

En el tercer capítulo, *El lenguaje y la literatura*, estudio la necesidad de acercarse a los textos que constituyen el legado literario de una cultura, mediante el examen cuidadoso y atento ante las manifestaciones y representaciones de la diferencia sexual, porque pueden contener, y a menudo lo hacen, atisbos de la «emoción feminista». Recuperando algunos conceptos centrales del pensamiento contemporáneo y de la teoría feminista me acerco cautelosamente

a la llamada primera modernidad española o pre-modernidad; en concreto, a las huellas que las mujeres pudieron haber dejado en ella. Más que hacer un recorrido minucioso a base de ejemplos —este libro no es el lugar para ello— trato de aportar herramientas analíticas y teóricas que sirvan, en estudios posteriores, para desvelar la importancia de atender a diversos tipos y *topoi* de la rebeldía de la subjetividad femenina, a menudo camuflados en las representaciones del cuerpo.

El cuarto y último capítulo, *La esperanza y lo universal*, es quizás el más ambicioso en cuanto al alcance filosófico de la materia. No he dejado de aventurarme en un terreno que puede servir de colofón final a mis argumentos y que parece abrir una puerta para acercarme a algunas realidades del momento presente que tanto me preocupan. Mi reclamo es la urgencia y necesidad de que las sociedades contemporáneas en su conjunto atiendan a lo que he llamado la 'rebelión sigilosa' de las mujeres pues en ella se encuentra una sabiduría, una información que ha sido largamente ignorada y que podría contener claves para alcanzar armonía social. Universalidad en la diversidad también para el feminismo como pensamiento, como discurso, como movimiento y, cómo no, como «emoción»; ése es, desde luego, el punto de partida para mí, una vez aprendida la lección de los multiculturalismos. Acabar con algunas de las injusticias y desequilibrios que impiden la realización plena, la felicidad y el progreso para muchas mujeres, comenzando por un trabajo por y en la unidad, es una utopía realizable. Propongo, junto a tantas y tantos otros críticos, una vuelta a la noción de universalidad pero redefinida desde la diferencia, enmarcada en la modernidad como ideal sobre la modernización y recogida en el concepto de *transculturalidad*, heredero del de *hibridez*, con que los estudios postcoloniales clamaban una ruptura de jerarquías culturales.

Desde el respeto máximo a los derechos fundamentales como principal instrumento de batalla del activismo feminista en la actualidad, me adentro en algunas difíciles reflexiones sobre la necesidad de alentar reformulaciones de éstos que incluyan el lento y perseverante discurrir de la 'emoción feminista' en el tiempo y en el espacio. Pues es esa rebelión, que no revolución, la pulsión rebelde, fuente de información capital transfronteriza, ante el trágico panorama de

millones de mujeres y ante la radicalización de algunas ideologías y sectores religiosos.

Finalmente, frente a las violaciones de derechos humanos, las mujeres han recurrido —y llevan siglos haciéndolo— a lo que recientemente, Federico Mayor Zaragoza se ha referido como la necesaria y posible «revuelta pacífica pero firme», en relación con el preámbulo de la Declaración Universal de Derechos Humanos.[1] El economista Jeremy Rifkin, al igual que Mayor Zaragoza, parece ver en nuestra nueva era de comunicaciones planetarias con el desarrollo de Internet, una oportunidad única para elaborar una nueva ética mundial, lo que él llama la «civilización empática», que deje atrás la geopolítica de mercado. Espero y reclamo que esta vez se abran por fin los ojos a los saberes de las mujeres para lograrlo, si no será un esfuerzo fallido.

Creo que lo que aquí propongo, en particular el concepto de «emoción feminista», puede resultar útil para el activismo y para su aplicación en programas sociales y educativos concretos. ¿Cómo? Esa será mi siguiente tarea: intentar responder a ello pragmáticamente, de palabra y de acción.

---

1. En un artículo del diario *Público* del 9 de abril de 2010. El fragmento de la Declaración Universal de Derechos Humanos al que alude es el siguiente: «Considerando esencial que los derechos humanos sean protegidos por un régimen de Derecho, a fin de que el hombre no se vea compelido al supremo recurso de la *rebelión contra la tiranía y la opresión* (énfasis mío)».